

Ficciones para un ecologismo *mainstream*

Sobre la responsabilidad de la ficción en la conciencia ecologista de una generación

Elisa G. McCausland

No es la primera vez que apuntamos en esta revista a la ficción como espejo e inspiración de la realidad. En esta línea, apelamos a ella de nuevo pues creemos que la ficción es importante, sobre todo, en lo que respecta a la creación de espacios simbólicos que permitan, en este caso, la concreción de una conciencia ecologista. A partir de aquí, muchas son las preguntas que surgen: ¿Puede la ficción *mainstream* (es decir, de masas) devenir en artefacto despertador de una verdadera conciencia ecologista? ¿Qué mensajes pueden concretarse en productos de ficción destinados a los y las más jóvenes para que esto suceda? ¿Ha de ser conscientemente responsable esta ficción? ¿Puede funcionar como despertador de conciencias ecologistas aunque ella misma no sea consciente?

Estas preguntas vertebran el análisis de tres casos de la animación *mainstream* de los primeros noventa, una época marcada por un activismo ecologista de elevadas cotas de popularidad, consecuencia del accidente de Chernóbil y la urgencia de cambio en una época marcada por lo que Francis Fukuyama bautizó como «el fin de la historia».

La película *FernGully* (1992), dirigida por el estadounidense Bill Kroyer, narra las aventuras de Krysta, un hada con curiosidad por la civilización humana, y Zack, un joven trabajador de una fábrica maderera que vive una experiencia iluminadora en el bosque llamado Ferngully. La película maneja un discurso anticapitalista y ecologista, que podría considerarse tamizado por los números musicales, pero, que, desde nuestro punto de vista, trasciende el mensaje precisamente por el acertado uso de la banda sonora y el discurso épico y emotivo, que tienen su cénit en los números musicales. Una lógica que comparte con *Pocahontas* (1995), uno de los grandes clásicos de la factoría Disney, dirigido por Mike Gabriel y Eric Goldberg, dentro de la estrategia de expansión de la compañía inaugurada a principios de la década de los noventa.

Pocahontas, uno de los personajes históricos más representativos de Estados Unidos, así como un relato que ha conformado ciertos sentidos nacionales y reivindicaciones de los pueblos originarios del territorio americano, es erigida «princesa disney» en una película animada que pone de relieve la importancia del medio ambiente, de los principios y las responsabilidades, frente a la ambición, los deseos propios y relaciones personales, incluido ese amor romántico que atraviesa a toda heroína de la *Mouse House*. Pocahontas no solo canta a la independencia, también proyecta su mensaje a favor de un ecologismo y anticolonialismo soft capaz de sedimentar como idea en los más pequeños. Para ello, como en todo producto disney, la acertada banda sonora es capital. Un factor que define a la serie de televisión *Capitán Planeta y los planetarios* (1990-1996) desde

su cabecera heavymetale-ra. Compuesta de seis temporadas, esta serie de televisión plantea una brigada de adolescentes de cada continente reclutados por el espíritu del planeta, Gaia, encarnado por un espíritu con imagen de mujer. El lema de la serie, «el poder es vuestro», es el mismo que reza el Capitán Planeta, superhéroe ecologista que surge de la unión de los cinco poderes que porta cada uno de los llamados «planetarios»: Tierra, Fuego, Viento, Agua y, sí, Corazón.

Emoción y razón

Es importante tener en cuenta, para la creación de una conciencia ecologista, todos aquellos aspectos de la ficción que desembocan en las emociones. Solemos pensar en la razón como brújula, cuando son ambos, razón y emoción los que dirigen nuestras acciones. El interés por analizar ámbitos de la ficción animada, como puede ser la banda sonora, las canciones, así como los colores y la misma textura animada, responde, en este análisis, a la necesidad de enfatizar la importancia de todos esos elementos para influir en la creación de un marco simbólico sólido y perdurable; un espacio desde el que construir diálogos con la realidad. Sin ir más lejos, estas ficciones animadas, junto a otras más cercanas al cambio de milenio, como *La princesa Mononoke* (2000) o *Final Fantasy: The spirits within* (2001), beben de una épica en estado larvario, la del arquetipo heroico, capaz de producir personajes *mainstream* anticapitalistas, ecologistas y feministas. El arquetipo asignado a género, como puede ser el de la guardiana de la naturaleza, rol encarnado por Krysta, Pocahontas o Gaia, que trasciende ese sentido conforme nos precipitamos al cambio de siglo. En el XXI la acción la encarna la heroína del nuevo milenio, una mujer de acción que lucha contra el sistema en todas sus expresiones.

Antes del 11S, cuando las ficciones importaban y el movimiento ecologista tenía una identidad más definida, menos diluida en los distintos problemas sociales; cuando la conciencia por el medio ambiente no estaba tan asociada al estilo de vida y las redes sociales y el activismo se nutría del miedo nuclear, películas como *Cuando el viento sopla* (1986), de Jimmy Murrakami, marcaban a fuego a aquellos que nos asomábamos a la televisión pública de madrugada. La pregunta que queda hacerse ahora es: ¿puede el *mainstream* crear un mito ecologista capaz de inspirar a las nuevas generaciones? Y, lo que es más importante, ¿funcionaría a día de hoy?

